



NOTAS PARA UNA EL ARTE DE BUSCARLE TRES PIES AL GATO TRIFODOLOGIA FELINA

Cuatro suyos, ninguno mío y mucho menos uno tuyo

Mario Colán

Mirar al Perú de hoy nos enfrenta a un panorama desolador, desagradable, un panorama estéril que hace imposible vislumbrar un futuro muy diferente a ese pasado cuyo lastre se ha hecho imposible de soportar.

Todos los que nacimos por las postrimerías de los setentas y principios de los ochentas recordamos, ya casi vagamente (por eso que muchos llaman ausencia de memoria histórica), cómo -luego de casi ocho años de pura represión mental en base a tele-basura, diarios chicha y monstruos de los cerros- se tomó una iniciativa contestataria (primero bastante tímida) a causa de la disconformidad con la situación social y política imperante.

Haciendo un recordaris de aquellas épocas, saltan a mi mente no solo imágenes de multitudes de estudiantes marchando con manos pintadas de blanco, además de una hermosa y nívea joven repartiendo flores a las fuerzas de choque de la policía, sino también una especie de audio velado de Silvio, Pablo y otros trovadores. Me invaden, además, horrisonos cantos de lucha y de

“Comandante Che Guevara” entonados por jóvenes eufóricos que, acompañados con guitarras de palo y una que otra oferta de ron, intentaban revivir, quizá, la lucha dejada atrás por muchos de sus padres -viejos guerrilleros que jamás tomaron fusil alguno ni subieron al monte y, ahora, solo enristran sendas botellas de whisky etiqueta azul en grandes mansiones-; veo también jóvenes con morral y ropa multicolor haciendo grandes anuncios en papel (valiéndose de cualquier recurso que encontrasen a mano), pegando afiches en las facultades y cuanto panel había alrededor, marchando hombro con hombro con sus compañeros de otras casas de estudios. Casi una mítica lucha de todos por un solo ideal: democracia. Retroceder en el tiempo a esos momentos y analizarlos a la luz del presente solo me deja un acre sabor a flor de labios, pues lo que parecía ser nunca se concretó, solo se volvió algo más que contar, una vulgar anécdota.

Por los tiempos antes mencionados, las cafeterías se volvían escenarios de encendidos debates ideológicos de quienes se acababan de enterar del ideario aprista o terminaban de leer los Siete Ensayos, El diario del Che en Bolivia, o de aquellos aristotélicos y kantianos que discutían la idea del bien o la validez de los imperativos, así como del significado de una violación de los Derechos Humanos. En plena hora de clase pasaba la gente que se dirigía a la calle con altavoces incitando a que no seamos indiferentes a la realidad; y, así también, desfilaban muchachos que

abandonaban las aulas y sus actividades académicas en búsqueda de un aprendizaje más “urbano” en la “universidad de la vida”. Es cierto que todos intervenimos de una u otra manera en esta vorágine de recuperación democrática, que de alguna forma esta espiral nos envolvió, nos hizo parte de la historia, de la realidad; pero también —y creo que eso fue lo peor— de la noticia. Las interrogantes que saltan a la mente de muchos y la que abre el debate en este artículo es: ¿Qué cambió —o por lo menos qué parece que va a cambiar— en el Perú? Y sobretodo: ¿Dónde están los jóvenes protagonistas de esa etapa?

Recuerdo una vez que una muy querida amiga, recientemente egresada de Economía, pasó la noche en la facultad de sociales con dos personas más y, ante la inminente promulgación de los resultados de la segunda vuelta, solas, las dos, armaron pancartas, banners, paneles e hicieron llamadas (más o menos a las siete de la noche), convocando a una movilización rumbo a la Feria del Pacífico, sede donde se encontraba trabajando la Reniec haciendo el escrutinio de los últimos distritos de Lima en medio de ese truculento episodio electoral. Fue un mar humano que tomó asiento en el cruce de La Marina con Universitaria, gente de todas universidades, un esfuerzo titánico para esas dos o tres chicas que, quizá al arrullo de Víctor Jara, se animaron a desentrañar toda su indignación. Finalmente, ocurrió lo que tenía que ocurrir y la policía dispersó a golpes de palo a todos los revoltosos que con bombos y platillos se habían apostado frente a la puerta de la Reniec, gente de la UNI, Garcilaso, Católica, San Marcos, Lima, Agraria, etcétera; todos, hombro con hombro, sumando miles en las calles, sudando y gritando en una gran queja.

Vendrían muchas otras marchas, intervenciones urbanas, performances, exposiciones y deposiciones de arte, conciertos de rock subterráneo (todos bajo la misma temática, con la misma banderita: democracia) y aparecerían muchos otros personajes: viejos políticos colgándose de la imagen de dos o tres chicos o chicas que se sentían indignados; sindicalistas, profesores, colectivos civiles, así como los nunca bien ponderados amigos de la paz de Construcción Civil y cuanto advenedizo pudiese llegar. Apariciones con Hildebrandt, Beto Ortiz o Cecilia Valenzuela —quienes eran los únicos periodistas capaces de desafiar al “stablishment” del deshonrado samurai—; pérdidas y escándalos, desaparecidos más, desaparecidos menos, canales amordazados por la Sunat, diarios proselitistas, etcétera. Todo eso para terminar en la expresión máxima de todas las manifestaciones de descontento, la madre de todas las marchas. Resultado: cuatro suyos, ninguno mío y

mucho menos alguno tuyo.

Han pasado ya algo más de tres años del final de todo ese movimiento, de lo que a la luz de los resultados me atreveré a llamar “El Carnaval de la Democracia”. Sí, con toda la parafernalia incluida, siendo, como toda manifestación de este tipo, temporal. Todos se atribuyeron el rollo democrático hasta el hartazgo, pero lo efímero de la cosa en sí radicó en la vaporización de todo esfuerzo ante la desaparición de algo a qué oponerse. Caído el régimen, todos tomaron su propio camino. Una vez ganada la democracia en las urnas, se perdió de vista el significado real de lo que es hacer vida política, de lo que significa luchar de manera constante. Muerto el mal, también muerta la cura (me pongo a pensar en el video que le puso fin a todo y qué hubiera pasado si no hubiese aparecido), habrán pensado todos aquellos de los que hoy no se escucha ningún murmullo. Está bien, cayó el gobierno, pero ¿es qué eso era lo único que importaba? ¡Carnaval entonces!, pues se abren las preguntas como un abanico multicolor, en medio del escándalo, el baile y el jaleo.

¿Dónde está ese ejército que sumaba miles en las calles, que tapaba avenidas enteras, que despertaba gritos desde las azoteas y ventanas de oficinas? ¿Dónde quedó la música de las guitarras desafinadas y las voces aguardentosas de quienes pretendieron luchar por un ideal común de libertad y democracia? ¿Qué pasó con los muchachos coloridos del morral lleno de manuales de guerrilla, poemas de Heraud y fotocopias de discursos antiimperialistas?

Lo más triste y patético de todo: ¿Quién aprendió algo de verdad en esa época como para cambiar la historia realmente? ¿Dónde está la propuesta concreta y renovadora de esos miles que lucharon e inundaron el asfalto con cánticos desaforados?... ¿Dónde están la propuesta, el cambio y sus protagonistas?

Mirémosles ahora las caras de ya no tan de niños. ¿Qué han hecho? Simplemente deslindar responsabilidades y depositar el poder en aquellos viejos políticos que desaparecieron y callaron durante ¡diez años! Diez años en los que las generaciones que nos suceden han crecido estupidizadas por la avalancha massmediática de ignorancia, por la basura que les ha reducido el cerebro a la mínima expresión, cosa que los vuelve incapaces de racionalizar la realidad más allá de ciertos criterios puros de trueque. Cuánto daño ha hecho esa década dramática a este país.

Pero insisto ¿Y dónde están ustedes que enarbolaban la bandera de la democracia y la libertad? ¿Dónde quedó su vehemencia juvenil? ¿Es qué acaso las historias de sus padres sobre Mayo del 68 no fueron suficientes

frente al conformismo? ¿Más pudo la comodidad de una casa en un cerro -que no queda, precisamente, en el Agustino- que la lucha por los ideales democráticos y de justicia social? No, señores, no se trata de estar de nuevo en las faldas de vuestros padres y volver a oír discursos de guerrilla caduca, inacabada, fútil y estéril, sino de continuar con lo que comenzaron.

No escucho a nadie quejarse por la estulticia arrogante de nuestros gobernantes, tampoco veo a nadie organizando manifestaciones contra este tipejo Wolfenson y la escandalosa forma en que le son dictados los titulares para su putrefacto pasquín. Es vergonzoso todo lo que sucede, pero no conmueve al país. Ser testigos de cómo aparecen nuevamente congresistas que no saben para que están puestos en sus escaños. Tipos como Víctor Valdez, que gana un dineral a costas de los impuestos de la gente mientras no hace más que aparecer en la televisión diciendo que tiene una biblioteca valorizada en un millón de dólares (que ha de estar plagada de condoritos, memines y el Action Comic número 1, o que en su defecto es tan decorativa como la presencia de su dueño en el congreso). Simplemente tolerar a una mujer tan pedestre como Enith Chuquival, cuyo desparpajo es analogable al de las más recalitrantes Marthas de la época de Fujimori, diciéndole a un periodista que si quiere ganar dinero se meta en política, ¡¿que no sea envidioso!?. Es que deberían exigirles tener por lo menos un título que certifique un mínimo de preparación académica, de capacidad mental, de sentido común, de tino antes de hablar, no sé. Yo me pregunto ¿Para qué les pagan tanto a sus asesores si no preparan buenos discursos o si a duras penas saben usar el castellano? Cambian las caras, pero no lo aciago de la realidad de un país que hace aguas por todos lados. Peor aún debe ser todavía ver estos hechos para aquellos que cifraron sus esperanzas en esa juventud pujante que, con ideas renovadoras, debía generar algún cambio sustancial, y que no pudo -ni quiso- generar absolutamente nada, que sencillamente se desentendió de todo por cuanto había luchado.

Hoy, pasado ya el carnaval, veo gente que quiere invocar fuerzas telúricas para remecerle el anda de oro a su líder, sano y sagrado, quitándole la mascapaicha y el varayoc antes de tiempo, sin percatarse que así caen en la contradicción, ya que terminarían por desestabilizar aquello por lo que pelearon tanto tiempo (quizá la panaca real no le haya servido de mayor apoyo al mítico líder, pues en medio de tantos primos, hermanos y sobrinos corruptos es inevitable no mellar la leyenda de Inkari). Veo a otros que quieren encumbrar en el poder a Alan García o al mismísimo samurai fugitivo del que tanto

renegaron (“nunca tanto”, como dicen las chibolas pitucas). ¿Es que acaso será cierto eso de que carecemos de conciencia histórica? ¿Será que simplemente carecemos de moral y de conciencia? Definitivamente, cuando Alicia perseguía al conejo vino a caer de bruces dentro de la pileta vacía de la Plaza Mayor, porque este es, sin duda, El País de las Maravillas.

Supongo que los que comprendimos algo estudiamos la historia para no cometer los errores del pasado, decimos de ella que es una fuente de sabiduría y que se vuelve el elemento esencial para no caer en lo mismo una y otra vez. Le otorgamos valor de oráculo algunas veces, la utilizamos como punto referencial, de comparación, pero ¿cuántos realmente aprendieron de ella? ¿Cuántos realmente están conscientes de que en el Perú esta es cíclica? ¿Por qué nos engañamos? ¿Por qué le dieron esperanza a otras personas? ¿Por qué hicieron lo mismo que muchos de sus padres? Miren a su alrededor, háganlo, sin miedo y con vergüenza. No hay nadie, solo los cadáveres de siempre y algunos nuevos ignorantes y advenedizos que nos gobiernan o pretenden goberarnos.

Los escaños son hoy ocupados, en parte, por los políticos silentes del último decenio, que muchas veces se vanaglorian de algo que no partió de ellos; y los nuevos integrantes de nuestra fauna política lo único que hacen es velar por sus intereses personales. Creen que todos somos estúpidos pues aparentemente se desviven en debates ideológicos para luego, cual jugadores de fútbol después del partido, reunirse y hacer lobbies para favorecerse unos a otros. Tómense la molestia de revisar cuántos proyectos de ley han sido propuestos y aprobados que benefician en algo a la gente que no es del entorno gubernamental. ¿Es que acaso estas cosas son nuevas? ¡Por favor! Hay que ser descarado para pensar que sí (y más descarado para hacer lo que se hace). Qué fácil resultó deslindar finalmente responsabilidades. Quizá hasta jugar para papá, quien hoy ocupa un alto cargo en alguna entidad del Estado o en uno de sus poderes. Paz en el hogar, y los demás que sigan pensando qué pasó.

Un dato curioso que vale la pena mencionar, dado el cariz de este material, es el siguiente: Por esos años almorzaba yo, a eso de las dos de la tarde en la cafetería de letras, cuando un grupo de jóvenes estudiantes desistió a medio camino de ir hasta la Plaza Mayor. En eso, estos chicos interpellaron gravemente a un compañero de clase diciéndole: “¿Y tú, por qué no has ido a las marchas?” a lo que el muchacho muy suelto de huesos respondió: “Las marchas se ven mejor por canal N”. Más que elocuente y sincero. Que la historia juzgue sus hechos y desechos 